

CONOCIMIENTO



**A** los humanos nos confunden mucho las coincidencias. Si vemos dos personas vestidas de la misma manera, fácilmente podemos pensar que nos

encontramos frente a una curiosa causalidad, pero si el hijo del organizador de la lotería se gana el premio mayor, sospechamos que lo que sucedió no fue una mera coincidencia. En particular, cuando vemos que a alguien le va bien y tiene éxito, rápido pensamos que algo ha hecho para ganárselo. No pensamos en todas las circunstancias que, fuera de su alcance, tuvieron que favorecerle para lograrlo. En otras palabras, no nos damos cuenta de lo mucho que la suerte jugó para que esa persona tuviera éxito. Igualmente, si alguien afirma algo y lo que dice resulta ser verdadero, inmediatamente pensamos que debió haberlo sabido. No creemos que sea una coin-

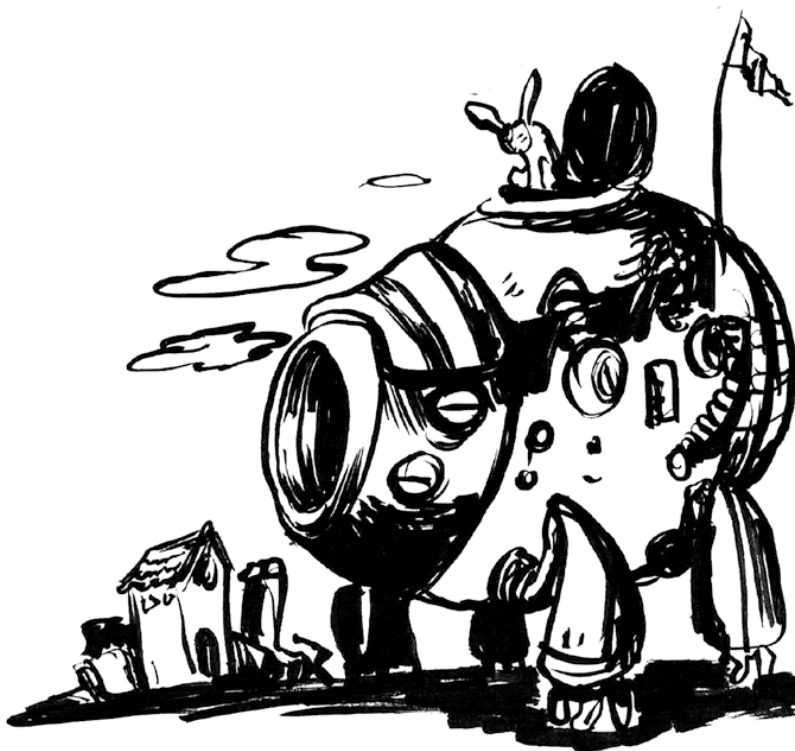
cidencia. Después de todo, la gente no anda por ahí diciendo cosas nomás porque sí, sino porque cree que tiene buenas razones para sostener lo que dice.

Afirmar algo es un acto público, no privado. Cuando afirmamos algo no expresamos simplemente lo que tenemos en la mente, sino que lo hacemos frente y para otro u otros. Les pedimos atención y que por lo menos tomen en serio lo que decimos. Les pedimos que —a menos que tengan buenas razones en contra— crean que lo que les decimos es cierto y, la mayoría de las veces, les pedimos que lo crean precisamente porque lo decimos nosotros. Es por ello que cada vez que afirmamos algo, adquirimos un compromiso público con lo que decimos. Por lo que es poco probable que nos arriesgáramos si lo que dijéramos no estuviera suficientemente cimentado en buenas razones y evidencia. En otras palabras, es demasiado arriesgado decir algo que no sepamos que es verdadero.

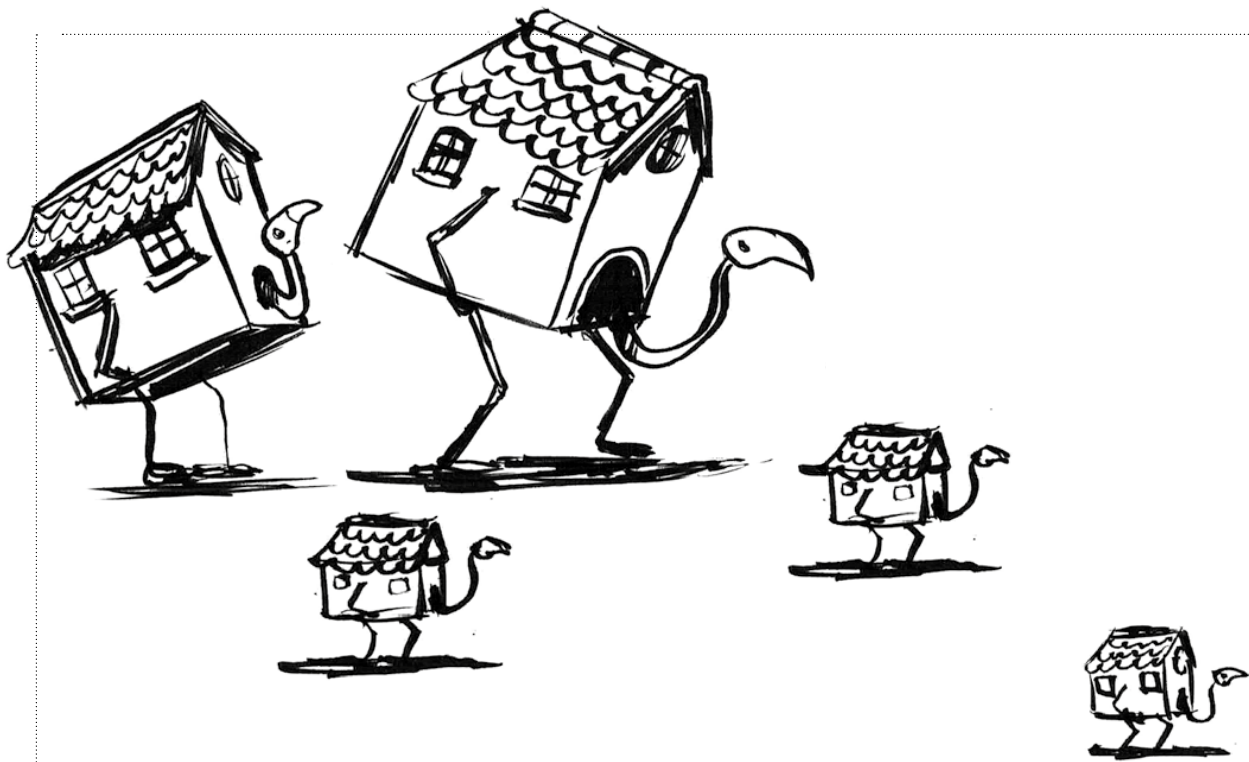
Se dice que Sócrates sostenía que el único bien del hombre era el conocimiento y el único mal la ignorancia. Sin

embargo, en años recientes los filósofos han tenido grandes problemas en explicar de qué sirve el conocimiento. La pregunta parece en primera instancia absurda, en tanto parece obvio que el conocimiento es valioso pues nos dice cómo son realmente las cosas. Si no supiéramos lo que sucede a nuestro alrededor, no podríamos sobrevivir en el mundo. Desafortunadamente, esta respuesta no satisface a los filósofos quienes fácilmente pueden reconocer que en ella se confunde la verdad con el conocimiento. Claro, la verdad es obviamente útil. Si estuviéramos siempre equivocados sobre como son las cosas, nuestra vida sería claramente un desastre. Pero la pregunta original no era ¿de qué nos sirve no estar equivocados todo el tiempo sobre como son las cosas?, sino ¿de qué nos sirve saber cómo son las cosas? y la pregunta es difícil precisamente porque nos cuesta mucho creer que quien no se equivoca lo hace por mera causalidad, porque tuvo mucha, mucha suerte. Por eso identificamos al que *no se equivoca* con el que *sabe lo que hace*. Se necesita un filósofo para recordarnos que no son lo mismo, ya que es posible no equivocarse por mera casualidad.

En una conferencia reciente, un filósofo que ha estudiado los sistemas neurológicos de muchos tipos de animales se atrevió a especular que nos es natural, en tanto animales, lidiar con el hecho de que vivimos en un mundo de incertidumbre. Nuestra mente, y su equivalente en muchos otros animales, no tiene como objetivo tratar de saber qué va a pasar, sino más bien, tratar de estar preparado para lo que pueda pasar. Aunque no sepamos con certeza si algo va a suceder, muchas veces debemos de actuar como si fuera seguro. En ocasiones, por ejemplo, aunque no sepamos si lloverá, lo racional es llevar paraguas. Y cuando la lluvia llega, podemos exclamar orgullosos “¡Lo sabía!” aunque, en sentido estricto, no lo sabíamos. Quien nos vea podría tam-



*Cuando vemos que a alguien le va bien y tiene éxito, rápido pensamos que algo ha hecho para ganárselo. No pensamos en todas las circunstancias que, fuera de su alcance, tuvieron que favorecerle para lograrlo*



bién pensar que lo sabíamos, pero no. No sabíamos que iba a llover, pero sí sabíamos que debíamos llevar paraguas. La sabiduría no es saber si va a llover o no, sino saber que, de todas maneras, es posible que llueva y, por lo tanto, hay que llevar paraguas.

También solemos decir que “sabemos” algo cuando estamos muy seguros de ello. Y muchas veces no podemos identificar bien en qué se basa nuestra certidumbre, pero la sentimos firme, sólida y fuerte. Organizamos nuestra vida alrededor de estas certezas y precisamente porque no podemos expresar fácilmente de dónde vienen, las sentimos muy profundas, muy nuestras. Para muchos filósofos, este tipo de certezas son prejuicios, ideologías, mitos. Pero para otros, son la base fundamental de quién somos y, además, lo que nos permite vivir juntos

en sociedad. Sabemos con certeza que la crueldad es mala, por ejemplo; pero si nos preguntaran por qué, nos sería casi imposible dar una justificación adecuada. Pero no por eso sentimos menos seguridad al afirmar que ¡claro! la crueldad es mala.

Es por ello que es importante distinguir los diferentes tipos de “saber”: el conocimiento, la certeza, la sabiduría y la verdad. El conocimiento es una empresa social, un esfuerzo comunitario que a través de los tiempos y a través de las culturas nos ha legado un sistema de teorías, modelos, técnicas, etc. para tener verdades bien fundadas en bases públicas y confiables. La certeza es una sensación subjetiva, una relación íntima entre cada uno de nosotros y algunas de sus creencias. Sin embargo, al igual que el conocimiento, la certeza también tiene una dimensión social, pues cuando compartimos nuestras certezas con otros, se

establece entre nosotros un lazo muy fuerte, tan fuerte que puede dar importancia y significado a aspectos enteros de nuestra vida en comunidad. La verdad, a su vez, es la promesa de que lo que sucede en nuestras mentes, en nuestros libros y en nuestras disquisiciones, puede ir más allá y ponernos en contacto con un mundo que nos trasciende. La sabiduría, finalmente, es mucho más resbaladiza. Como la certeza, es muy personal; como el conocimiento, no se da por mera casualidad; y aunque no nos desvela el mundo como la verdad, sí nos permite convivir con él en armonía, en respeto a su irremediable complejidad y a nuestra omnipresente incertidumbre. •

**Axel Arturo Barceló Aspeitia** es investigador en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM.

